

Stössel y más allá de toda previsión, y quedó alcanzado plenamente en el mes de Octubre: Port-Arthur, por consiguiente, se ha excedido, esta es la palabra, en la misión que le incumbía, terminada en realidad hace tres meses. Si los moscovitas no llegan á dominar en el mar, les será imposible arrojar á los japoneses de los principales puertos de la península de Liao y de Corea, y la guerra terminará sin que ninguno de los dos beligerantes alcance un triunfo ruidoso; mientras que si la guerra naval se decidiera en un plazo más ó menos remoto en favor de Rusia, los generales del Czar impondrían la paz sin necesidad de detenerse ante Port-Arthur, sino yéndola á buscar á las islas septentrionales del Japón, en el caso de no haberla obtenido ya ventajosa para sus armas, en Corea.

Port-Arthur ha pesado poco en las resoluciones del Grande Estado Mayor ruso, y pesará aun menos en lo porvenir. La plaza fué puesta en condiciones de resistir seis meses, tiempo que Kuropatkin juzgaba necesario para la organización de su ejército, y luego se la dejó abandonada á su suerte.

Muchísima más trascendencia que la capitulación de Port-Arthur, entraña la destrucción de la escuadra rusa fondeada en el puerto, acontecimiento capital al que no se le ha concedido toda la atención que merecía. El brillo de la épica resistencia de las tropas de Stössel ha oscurecido y relegado á segundo término aquel suceso, el cual pesará sin embargo de un modo preponderante en el desenvolvimiento y duración de la guerra.

El acto de los rusos, de echar á pique sus propios barcos, demuestra que el gobierno y las autoridades militares y navales de San Petersburgo no se han percatado del verdadero carácter del conflicto actual. En una guerra con una potencia insular que aspira á obtener la hegemonía en Asia, el primer factor, por no decir el principal, es la marina. La destrucción de la escuadra japonesa hubiera implicado el triunfo de Rusia en un plazo brevísimo, sin necesidad de que llevara á cabo los inmensos esfuerzos que hace en la actualidad para asegurar el predominio de sus armas en tierra; pero el triunfo en la Mandchuria, por brillante y contundente que sea, no quiere decir que el Japón se confiese irremediabilmente vencido y acepte las condiciones que le dicte su enemigo, porque mientras los japoneses sean dueños del mar lo peor que podrá sucederles es volver al estado anterior á la ruptura de las hostilidades, y la victoria de Rusia será la China quien la pague, pero no el imperio del Mikado.

Y así como en esta primera campaña hemos visto cuán distintos eran los fines que perseguían rusos y japoneses, así también en el programa de las operaciones y en el especial modo de conducirlas, resalta la di-

ferencia de procedimientos y de tendencias en los dos imperios. El europeo, eminentemente terrestre, relega á segundo término la guerra naval, y á trueque de prolongar un mes más la resistencia de Port-Arthur—cosa innecesaria—consume en beneficio de la heroica guarnición el carbón que debía llevar los barcos al combate, y emplea en los fuertes de tierra los proyectiles que hubieran tenido mejor aplicación contra los acorazados y cruceros de Togo. La gloria de Stössel y de sus tropas, capitulando por hambre y por falta de municiones en Octubre ó en Noviembre, no hubiera padecido en lo más mínimo; mientras que la escuadra de Viren hundiéndose en alta mar después de echar á pique dos ó tres ó cuatro barcos japoneses, hubiera cambiado la faz de la guerra. Pero ni Rusia es potencia marítima, ni concede á la armada la importancia que le es debida, ni su marina se ha distinguido hasta ahora por las sólidas cualidades que adornan al ejército. Todo lo fia el Czar á sus tropas y se encomienda al soldado una labor que la prudencia aconsejaba se limitase á coronar la obra de la marina, dando el golpe de gracia al enemigo.

El imperio asiático, á su vez, procura ante todo el dominio del mar y la conservación de su escuadra; se siente fuerte en este terreno y vacila en tierra firme: por eso su primer cuidado es hacerse fuerte en el litoral; á medida que de él se aleja crece la desconfianza en el resultado, y sus ejércitos no se atreven á obtener en los primeros meses de la guerra el fruto que más tarde no les será ya posible alcanzar. Las operaciones se plantean con lentitud y encogimiento, y el valor y la tenacidad demostrados en el campo de batalla parecen hijos del fatalismo y del carácter nacional, más que del deseo de conquistar el fruto de planes previa y maduramente preparados.

Por eso si nos inspiran poca confianza las acciones de los almirantes rusos, sentimos igualmente poca fe en la capacidad y dotes de los generales japoneses. En una lucha entablada entre pueblos tan esencialmente diferentes, y entre potencias cuyo poderio militar se cimienta sobre bases antagónicas, no se vislumbra el fin probable sino en un plazo muy remoto.

En resolución, la caída de Port-Arthur mejora la situación militar del Japón y sobre todo su crédito económico y su influencia política en Asia; pero, dada la época en que ha tenido lugar, no compromete esencialmente los planes de Kuropatkin ni modifica de un modo sensible el curso de la guerra. La destrucción de la escuadra rusa sí que ha sido un terrible contratiempo para los moscovitas, del que tardarán mucho tiempo en reponerse, si acaso lo consiguen.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

7 Enero 1905

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Texto de la capitulación de Port-Arthur.—Operaciones contra Port-Arthur, en el mes de Septiembre.—El combate de Ta-chi-chiao (continuación).—Consecuencias de la capitulación de Port-Arthur, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Opinión autorizada.—El archipiélago de Elliott.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Columna rusa, vadeando el Tai-tsé

TEXTO DE LA CAPITULACIÓN DE PORT-ARTHUR

Art. 1.º Todos los soldados, marinos y voluntarios rusos, como así mismo los oficiales del gobierno, de la guarnición y del arsenal de Port-Arthur, quedarán prisioneros de guerra.

Art. 2.º Todos los fuertes, baterías, barcos de guerra y demás buques, armas y municiones, caballos y todo el material, y los edificios y todos los efectos pertenecien-

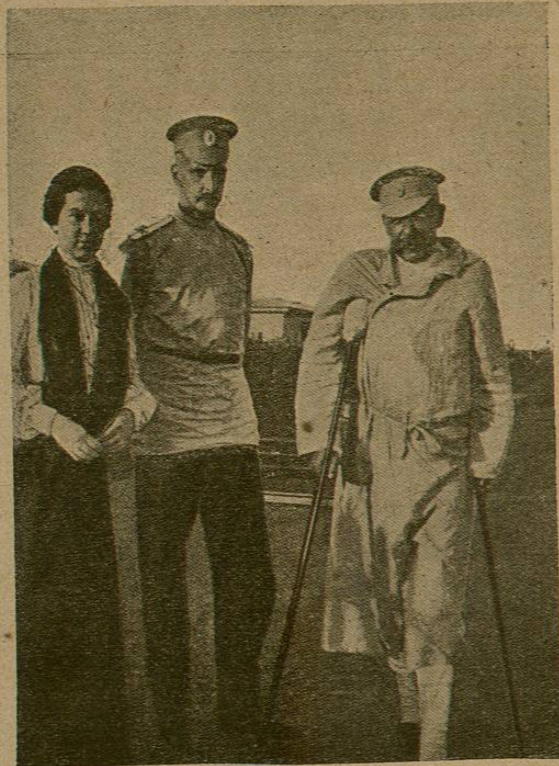
tes al gobierno, serán entregados, en su estado actual, al ejército japonés.

Art. 3.º Aceptadas las dos precedentes condiciones y como garantía de su cumplimiento, las guarniciones de los fuertes y baterías de Itse-shan, Shavantsu-shan, Tantsus-shan y de la línea de alturas del SE., serán retiradas en la tarde del día 3, haciendo entrega de aquellos fuertes y posiciones al ejército japonés.

Art. 4.º En el caso de que el ejército ó

la marina rusa destruya los objetos relacionados en el artículo 2.º, ó modifique el estado en que se encuentren en el momento de la firma del convenio, se consideran nulas y sin valor las presentes negociaciones y el ejército japonés recobrará su libertad de acción.

Art. 5.º Las autoridades rusas militares y navales redactarán y entregarán al ejército japonés un plano de las fortificaciones de Port-Arthur y sus respectivas posiciones; un plano indicador de los torpedos enterrados y de los submarinos, así como de todos los demás mecanismos peligrosos; un cuadro mostrando la composición y organiza-



General Rennenkampf, convaleciente de sus heridas

ción de los servicios militares y navales de Port-Arthur; una lista de los oficiales del ejército y armada, con el nombre, empleo y cargo de cada uno; una lista de las embarcaciones militares, de los barcos de guerra y demás buques, con relación numérica de las tripulaciones respectivas; una lista de los habitantes, con el número de hombres y mujeres, y su patria y ocupación.

Art. 6.º Las armas, incluso las que forman parte del uniforme, municiones, material de guerra, edificios del gobierno, efectos propiedad del gobierno, caballos, barcos de guerra y demás buques, incluyendo lo que contienen, excepto la propiedad privada, serán entregados en su actual estado; y comisionados de los ejércitos ruso y japonés

resolverán acerca del método de entrega.

Art. 7.º Considerando muy honrosa la valiente resistencia ofrecida por el ejército ruso, el ejército japonés permitirá que los oficiales del ejército y de la armada rusos, así como los funcionarios, conserven las espadas y lleven consigo los efectos de propiedad personal directamente necesarios para la vida. Los referidos oficiales, funcionarios y voluntarios, que subscriban un compromiso escrito, bajo palabra de honor, de no volver á tomar las armas ni obrar contrariamente á los intereses del ejército japonés, en la presente guerra, quedan autorizados para regresar á su patria. Cada

oficial del ejército y de la armada podrá conservar á su servicio un criado, al que también se le concederá la libertad mediante el empeño, por escrito, de su palabra.

Art. 8.º Las clases y soldados del ejército y de la armada, así como los voluntarios, vestirán sus uniformes, llevando consigo los efectos portátiles de campamento, y los objetos necesarios de propiedad particular; serán mandados por sus respectivos oficiales y se reunirán en el lugar que indique el ejército japonés. Los representantes japoneses cuidarán de todos los detalles de la entrega.

Art. 9.º Los cuerpos de sanidad y administración pertenecientes al ejército y armada rusos, quedarán á las órdenes de los japoneses mientras sus servicios sean ne-

cesarios para el cuidado de los prisioneros, enfermos y heridos. Durante este plazo, dichos cuerpos funcionarán bajo la dirección de los cuerpos de sanidad y administración del ejército japonés.

Art. 10.º El régimen á que han de quedar sometidos los habitantes, la entrega de libros y documentos relativos á la hacienda y administración municipal, así como las reglas de detalle necesarias para el cumplimiento de este convenio, serán objeto de un tratado complementario, que tendrá la misma fuerza que el presente.

Art. 11.º Una copia de este convenio quedará en poder de cada uno de los ejércitos japonés y ruso, y tendrá efecto inmediatamente después de la firma.

OPERACIONES CONTRA PORT-ARTHUR, EN EL MES DE SEPTIEMBRE

Después de los terribles descalabros sufridos por las tropas del general Nogi en el mes de Agosto, el ejército sitiador, debidamente reforzado, dedicó toda su actividad á poner en batería las piezas de grueso calibre recientemente llegadas del Japón, y á ocupar posiciones cerca de la línea principal de defensa, mediante trabajos de zapa.

A mediados de Septiembre, los rusos se hallaban todavía en posesión de la línea de alturas que desde la bahía de la Paloma se extiende hasta cerca de Shui-shi-jin, á tres ó cuatro kilómetros de los fuertes permanentes; así como de las colinas que se alzan en medio del valle del Lun, al S. de Shui-shi-jing y junto á Pali-chuang. Si estas últimas posiciones eran importantes por dominar los depósitos de agua y marcar la única entrada naturalmente abierta que conduce á Port-Arthur, no constituían un objetivo capital, á causa de hallarse dominadas por los fuertes de Erlung y de la Mesa. En cambio, la línea de alturas citada en primer lugar era una posición de primer orden, porque siendo su cota un poco mayor que la de los fuertes del frente O., permitiría al sitiador batirlos con ventaja, y barrer con sus fuegos los caminos que desde Port-Arthur conducen á Liao-ti-shan; en esa línea de alturas, descuellan por su interés militar, dos posiciones: Namaokayama, al N., y la Montaña alta ó colina de 203 metros al S., contra las que se estrellaron en Agosto los ataques de los japoneses.

El general Nogi, apremiado por el gobierno de Tokio, resolvió intentar la conquista de Namaokayama, la Montaña alta y las colinas de Palichuang, señalando para esta operación el 19 de Septiembre.

En Namaokayama, los rusos habían construido un reducto, artillado con piezas de campaña, y á vanguardia, en la ladera, una trinchera con alambradas y pozos de lobo. La Montaña alta, cuya cumbre presenta dos

eminencias diferentes, estaba defendida por dos reductos, con trincheras y defensas accesorias; estos reductos, también con artillería de campaña, eran de perfil más fuerte que el de Namaokayama. Las colinas que hay al S. de Shui-shi-jin estaban protegidas por cuatro reductos, y otro, más al S., pero al E., llamado de Kuropatkin, formaba la llave de esta posición baja, situada en la abertura dejada por las dos líneas de fuertes permanentes. Todos esos reductos se reducían á un parapeto de tierra, de mucho espesor, con aspilleras formadas con sacos terreros sobre el plano de fuego; en el interior, profundas trincheras estaban convertidas en abrigos y repuestos, aprovechándose



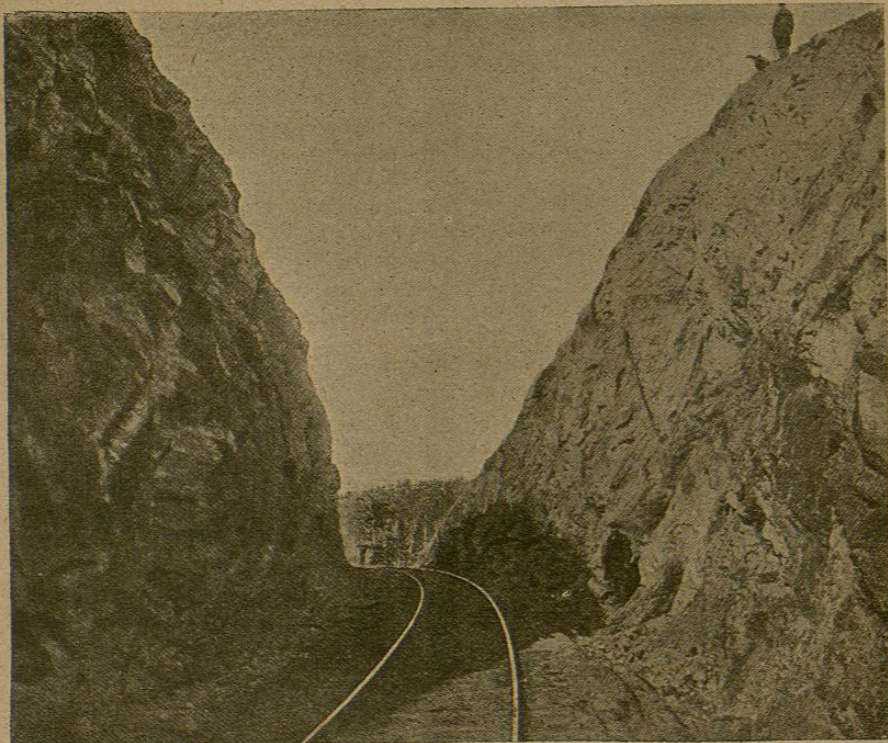
General Aleksandrovich,
jefe de Ingenieros del 1.º ejército de la Mandchuria

la tierra de la excavación para constituir nuevos parapetos ó líneas de defensa; los abrigos consistían en una doble capa de troncos rollizos puestos sobre los bordes de las trincheras, ó sostenidos hacia el interior por pies derechos de madera; sobre los troncos se extendía una capa de tierra de 60 á 80 centímetros de espesor, y encima una doble ó triple capa de sacos terreros.

El general Nogi dispuso la 1.ª división contra el frente O., desde los reductos de Shui-shi-jing á la Montaña alta; la 9.ª división contra el centro ó reducto de Kuropatkin; debiendo la 11.ª efectuar una demostración contra el frente E., á fin de impedir que el general Stössel sacase fuerzas de este último para llevarlas á los puntos más amenazados. Guarnecían la posición rusa la 1.ª brigada de la 7.ª división y el 5.º regimiento, á las órdenes del general Kondratenko; así mismo estaban allí concentradas casi

todas las baterías de la 4.^a y 7.^a brigadas de artillería. La división del general Fock cubría el frente N., y la 2.^a brigada de la 7.^a división se mantenía en los fuertes del O., con destacamentos en Liao-ti-shan.

El general Matsumura, comandante de la 1.^a división japonesa, desplegó contra Namaokayama y la Montaña alta la 1.^a brigada, general Yamamoto, compuesta de los regimientos números 1 y 15, y la brigada de reserva de Kobe, general Takanuchi, formada por los regimientos 1.^o, 15.^o y 16.^o, ó sea 15 batallones. La segunda brigada, regimientos números 2 y 3 debía operar contra los reductos de Shui-shi-jing. A este mismo fin había de concurrir la 9.^a división.



Sección de la vía férrea de circunvalación del Baikal

A las dos y media de la tarde del día 19, 60 cañones japoneses, situados en las laderas opuestas á los fuertes con objeto de evitar el fuego de éstos, rompieron un violento bombardeo contra Namaokayama y la Montaña alta; las piezas de la primera posición no tardaron en quedar reducidas al silencio, pero no así las de la segunda, que, apoyadas por los fuertes de la Mesa, consiguieron desmontar algunos cañones japoneses y obligaron á retirar la línea general de artillería; este movimiento de retroceso favoreció á los defensores de la Montaña alta, que fueron cañoneados menos reciamente que al principio, pero Namaokayama continuó siendo el blanco principal de la artillería del sitiador.

Medio destruidas las defensas de las la-

deras, á las seis y media, el primer regimiento japonés, apostado al O. de Shui-shi-jing, avanzó al paso de ataque; enfocado por los proyectores eléctricos de los fuertes de la Mesa, el regimiento sufrió bastantes bajas, pero oblicuó á su derecha y llegó en medio de la obscuridad al pie de Namaokayama; las explosiones incesantes de los proyectiles japoneses alumbraban las posiciones rusas de la cumbre, quedando las vertientes sumidas en las tinieblas, por lo que el primer regimiento pudo trepar sin graves obstáculos y consiguió ocupar la trinchera rusa, cuya posesión apenas le disputó el defensor.

Conseguido este primer objetivo, el asal-

tante evacuó la trinchera, batida á corta distancia por el reducto de la cúspide, y todo el regimiento buscó abrigo en el revés N. de la montaña, situado en ángulo muerto, abrigándose en tres trincheras que se apresuró á construir.

En la noche del 19 al 20, los rusos retiraron los cañones de Namaokayama, dejando solamente dos compañías en el reducto. Al amanecer, la artillería japonesa volvió á concentrar el fuego sobre esta posición, permaneciendo en sus trincheras la infantería, en espera de que el ataque hiciera progresos en la Montaña alta.

El regimiento número 15, en efecto, que en las primeras horas de la noche del 19, se había movido contra la altura citada últimamente, debía tomarla por asalto el día

20. Detenido el avance por los fuegos cruzados de los fuertes de la Mesa, el regimiento número 15 no pudo apenas ganar terreno, y permaneció en una pequeña cañada, al pie de la altura, aguardando á que su artillería redujera al silencio las piezas rusas de los dos reductos de la cumbre. Juzgando cumplida esta tarea en la mañana del 20, á las diez el regimiento trató de ganar un pequeño lugar en ángulo muerto situado á la mitad de la ladera; pero la primera compañía que se encaminó á dicho punto fué enteramente destruída por el fuego de los rusos, y la misma suerte corrió otra media enviada en apoyo de la primera.

Encomendóse entonces á la artillería el papel principal, mientras que el comandante de la división, juzgando que el primer regimiento conquistaría fácilmente el reducto de Namaokayama, ordenó que este cuerpo se lanzara al ataque y lo continuara luego hacia la Montaña alta, á la vez que los regimientos 15 y 16 escalarían directamente esta última posición.

Poco después de las dos de la tarde el regimiento número 1 subió por la ladera, casi sin sufrir bajas, yendo á detenerse en una concavidad del terreno á unos 100 metros de la cúspide de Namaokoyama, donde quedó expuesto al tiro de los cañones japoneses, que siguieron algún tiempo el bombardeo á pesar de las señales que hacía la infantería. Por fin á las cinco enmudeció el cañón, y el regimiento, formando sus batallones uno tras otro en columna doble, se arrojó contra el reducto sin disparar un tiro. El defensor apenas tuvo tiempo de hacer algunas descargas, mientras que los japoneses, desplegando rápidamente, arrojaron al interior de la obra varios centenares de granadas de mano, de las que cada soldado llevaba tres ó cuatro. Rehechas las dos compañías rusas, se trabó un empeñado combate al arma blanca, pero en cuanto el tercer batallón japonés llegó á la cumbre y amenazó la línea de retirada, los rusos abandonaron el reducto replegándose á los fuertes de la Montaña alta.

Esta, entre tanto, era objeto de una lucha muy viva; los dos regimientos japoneses 15 y 16, inclinándose al N., ó sea hacia Namaokayama, y despreciando el fuego enemigo, llegaron hasta la trinchera avanzada y, rebasándola, marcharon en línea recta hacia los dos reductos. Al mismo tiempo, el primer regimiento, vuelto á formar, salió de Namaokoyama y descendió á la garganta que une esta posición con la Montaña alta. Esta maniobra combinada tuvo éxito en los primeros momentos, porque una parte del reducto del N. E. cayó en poder de los japoneses. En aquel momento, el coronel Irmann conduciendo un destacamento de voluntarios á las órdenes del teniente Podgorsky, cayó con ímpetu irresistible sobre el sitiador y lo puso en fuga valiéndose de grana-

das de piroxilina, mientras que una compañía del 5.^o regimiento, bajando á la garganta obligaba á replegarse á las tropas avanzadas del primer regimiento japonés, y amenazaba cortar la retirada á las fracciones del 15.^o que aun se mantenían en la cumbre. El jefe de la brigada japonesa, general Yamamoto, fué muerto, y el reducto quedó de nuevo en manos de los rusos.

La victoria de éstos no fué sin embargo decisiva; porque el regimiento japonés número 16, acudiendo en auxilio del 15.^o llegó también á la cumbre, y se mantuvo en ella á despecho del terrible fuego de los dos reductos. Todo el día 21 continuó la situación estacionaria. Los rusos cesaron en sus contraataques y concentraron sobre los japoneses el fuego de la artillería de los reductos y del fuerte de Etse-shan; los demás fuertes de la Mesa, cogiendo de flanco las laderas de la Montaña alta y la garganta que la une con Namaokoyama, impidieron el avance de las reservas. La artillería japonesa, por su parte, apenas pudo coadyuvar al ataque, porque en la Montaña alta menos de 200 metros separaban á los dos ejércitos. Hasta la tarde del día 22, en que el general Matsumura dió la orden de retirada, estuvieron pues los dos regimientos japoneses sometidos á un cañoneo casi á boca de jarro, sin esperanza ninguna de que mejorase su situación. 3.000 muertos y heridos quedaron tendidos en el campo, ó sea el 60 por 100 del total.

Realmente no podía ser otra cosa, porque los desgraciados regimientos 15 y 16 tuvieron que desarrollar el ataque presentando el flanco á los potentes cañones de los fuertes de la Mesa, y quedaron cogidos entre dos fuegos. Para que la tentativa tuviera éxito era preciso que el asalto se hubiera verificado por las laderas del N. y del O., y con mayores fuerzas, que es lo que dos meses después hizo Nogi.

Las operaciones efectuadas contra el centro rusa tuvieron un carácter más sangriento todavía. El reducto de Kuropatkin, ante el que tantos millares de hombres sacrificaron inútilmente los japoneses en el mes de Agosto, fué desde entonces atacado á la zapa como un fuerte permanente. Desde un pequeño rediente que construyeron al S. de Shui-shi-jin, partieron á la zapa los ingenieros japoneses, construyendo dos paralelas, la segunda de las cuales estaba á solo 160 metros del reducto.

En la noche del 18 al 19, un grupo de voluntarios cortó las alambradas, así como los conductores eléctricos de algunas fogatas. Inmediatamente, el regimiento núm. 36 y un batallón del 19 entraron en las paralelas. Advertidos los rusos, rompieron el tiro con shrapnels, causando enormes bajas en estas tropas, en tanto que 40 bocas de fuego japonesas barrían el reducto. Arrojadados por un huracán de hierro, los rusos evacuaron

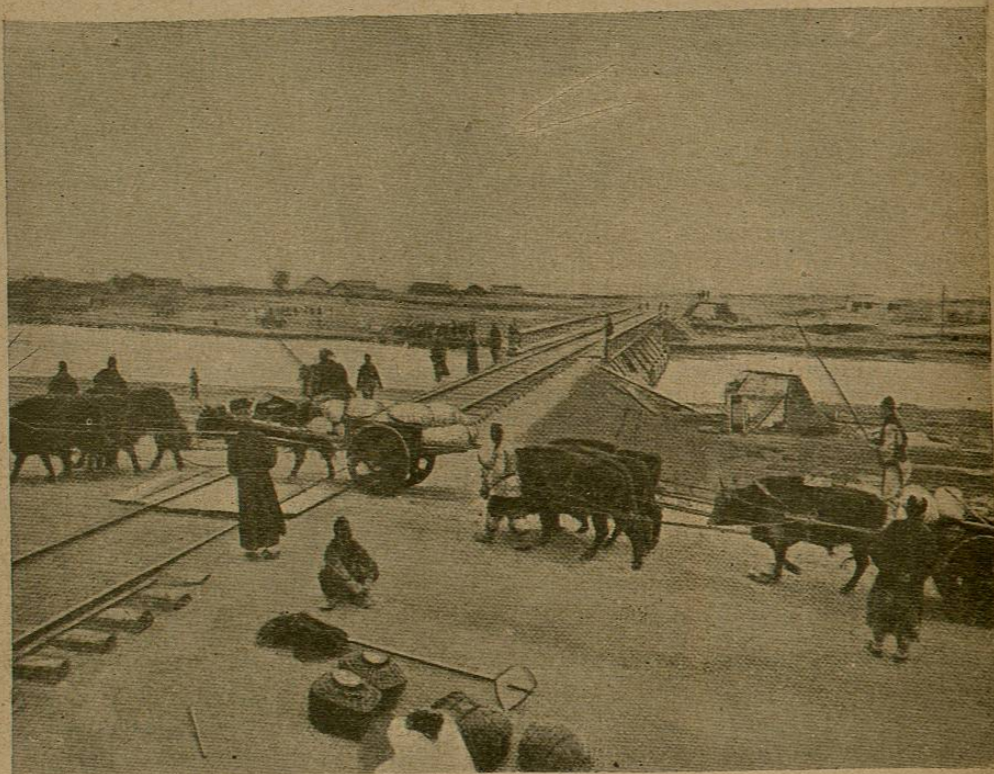
el reducto á las 4 de la tarde, ocupando los fosos, zanjas y tapias de los campos inmediatos. El sitiador, saliendo de las paralelas, entró en el reducto, pero como esto no pudo hacerse sino después de haber cesado el tiro de artillería, el defensor asaltó la obra, y después de un violentísimo combate de una hora arrojó de ella á los japoneses, causándoles pérdidas enormes y arrebatándoles dos banderas.

Dominado el reducto por las posiciones de los dos ejércitos, la retirada de los orientales fué inmediatamente seguida de un bombardeo más violento aun que el primero, de modo que cuando en la mañana del

ó sea el extremo N. de la línea de alturas cuyo punto culminante es la Montaña alta.

Los ataques al reducto de Kuropatkin costaron 1.000 bajas al regimiento núm. 36, de la 9.^a división, y otras tantas al 3.^o, encargado de la captura de los reductos del O.

La 11.^a división fué asimismo duramente castigada en sus tentativas contra los fuertes de Erlung y Keek-uán, que fracasaron por completo, sin que el atacante pudiera siquiera llegar á los glasis. Desde entonces se dió gran impulso á los trabajos de zapa, pero la naturaleza del terreno hizo que se invirtieran tres meses en llegar á coronar el camino cubierto. El 7.^o regimiento, de la



Convoyes chinos, en los alrededores de Mukden

día 20 avanzaron de nuevo los japoneses, lo ocuparon por segunda vez sin vencer gran resistencia, y derramándose hacia el S. cortaron las cañerías de los depósitos de agua. Entonces se repitió lo acontecido en el día anterior: la artillería rusa convirtió el reducto en un infierno, y los japoneses lo abandonaron definitivamente, sin que volviese á reanudarse la lucha en esta parte del campo.

Los cuatro reductos situados algo más al O. corrieron la misma suerte que el de Kuropatkin; cambiaron dos veces de dueño, y al cabo los japoneses hubieron de desistir de la ocupación de aquellas obras.

El 23 de Septiembre dió el general Nogi por terminados los asaltos, de los cuales solo resultó la conquista de Namaokayama,

11.^a división, sobre el que recayó el principal peso en estos ataques, quedó reducido á 208 hombres, de un efectivo total de 2.700 que tenía el 19 de Septiembre.

En resumen, el ejército japonés perdió en los asaltos del 19 al 23 de Septiembre, 9.000 hombres, casi todos muertos, porque la mayor parte de los heridos, abandonados en el campo de batalla, y expuestos al tiro de los dos ejércitos, perecieron miserablemente sin que se les pudieran prestar los auxilios que requería su estado.

Relativamente, no fueron menos importantes las bajas de los rusos, puesto que alcanzaron la cifra de 1.200 muertos y heridos.

Para dar una idea de lo mortíferas que resultaron las operaciones del sitio, agregaremos que la 9.^a división japonesa, que des-

embarcó en Lin-shu-tung el 30 de Julio, y que sumaba 14.000 hombres, perdió hasta el 23 de Septiembre 10.000 hombres entre muertos, heridos y enfermos. Esta división, reorganizada después de las batallas de Agosto, tuvo que formarse de nuevo á principios de Octubre, y en el mes de Noviembre se constituyó por tercera vez, con personal casi enteramente nuevo, utilizando los incesantes refuerzos llegados del Japón.

EL COMBATE DE TA-CHI-CHIAO

(Impresiones de un testigo presencial)

(Continuación)

»—¡Venid con nosotros!—me dijeron los

»Las granadas caían en la aldea; parecía que los japoneses pretendían destruirla á cualquier precio. Como para romper la monotonía, un shrapnel estalló á bastante altura, pero encima de nosotros, y sus balines golpetearon en el suelo.

»—¡Un herido!—fué la exclamación que salió de la trinchera inmediata.

»—¿A qué conduce tanta exclamación?—dijo con energía un oficial, saliendo de la trinchera.—Es inútil hacer ruido; lo que debe hacerse es ir en busca del médico.

»Me dirigí con el oficial al sitio del herido: estaba tendido en el fondo de la trin-



Batería rusa disparando protegida por una ceja del terreno, en la batalla de Si-mu-tcheng

oficiales, sentados en el extremo de una trinchera.

»Nadie me preguntó de dónde venía, ni á dónde iba; en tales circunstancias no hay tiempo para discreteos. Los proyectiles silbaban por encima de nuestras cabezas.

»—Este no es para nosotros—oía decir en las trincheras más cercanas cuando una granada hendía el aire á lo lejos. Pero cuando resonaba un silbido agudo á nuestra proximidad, todo el mundo callaba. Un proyectil cayó muy cerca, detrás de las trincheras; varios soldados se levantaron para mirar.

»—¡Todos sentados!—gritó al punto un oficial.

chera, sobre las piernas de los soldados sentados; su pantalón, un poco por encima de la rodilla, tenía un agujero de unos tres centímetros; su rostro reflejaba un dolor agudísimo; evidentemente la bala había fracturado el hueso.

»Un segundo shrapnel estalló en el mismo sitio, dispersando en todas direcciones una granizada de balas; un caballo, herido en el lomo, salió huyendo en dirección al valle.

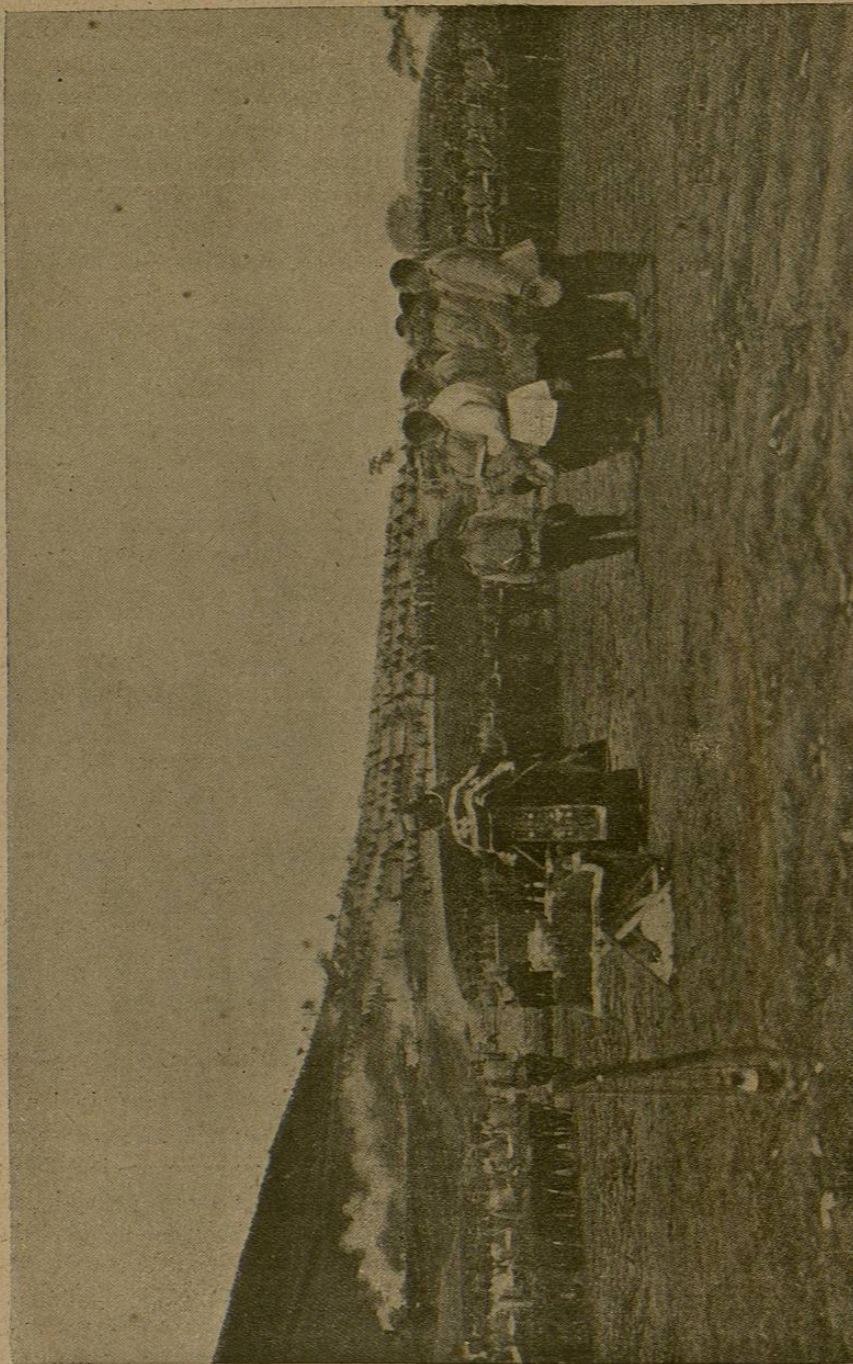
»—¡Cada uno á su sitio! ¡Sentaos!—exclamó el oficial, entrando en la trinchera.

»Me apresuré á despedirme de este oficial.

»—¿Dónde vais?—me preguntó con in-

quietud.—Quedaos y correréis menos peligro.

»Pero yo estaba decidido á escalar la colina desde donde se descubría todo el campo de batalla.



Funerales celebrados después de la batalla de Si-mu-tcheng

»—¿Cómo podría subir allá arriba?—pregunté, señalando con el dedo la montaña.

»—Si estais completamente resuelto á ir, lo mejor es que sigais en parte la línea de trincheras. Vaya, hasta la vista.

»En este momento, el oficial L. entró á

caballo en el bosque; saltó á tierra y se acercó á nosotros.

»—Pedro Stepanovicht: he de entregar un parte al comandante del Cuerpo de Ejército—dijo, mientras se enjugaba el rostro,

cubierto de sudor y de polvo.—¿Teneis algo que decirle?

»—Nada: hasta ahora nuestro papel es casi nulo. Tengo la intención de hacer conducir á otro lugar los caballos del grupo franco. A propósito: aquí hay un correspon-

sal que será vuestro compañero de camino.

»—¿Vais á ver al comandante del Cuerpo?—me preguntó el recién llegado.

»—¿Dónde está?—repliqué á mi vez.

»—Allá abajo, en aquella excavación de la Montaña del Medio.

»Supe más tarde que eso era un error: el general Stakelberg se encontraba en la cumbre de la altura.

»—¿Desde la cumbre de la montaña—interrogué—se ven las baterías japonesas?

»—Desde luego, sin duda alguna.

»—Si es así, partamos juntos.

»El terreno que atravesamos no era otra cosa que una ancha cañada, encajonada, cortada por zanjas y excavaciones. Anduvimos entre piedras y sobre arena casi calcinada por el calor horrible del sol de mediodía, á través de una atmósfera agitada por las explosiones y saturada de los gases de la pólvora. Los proyectiles seguían volando en todas direcciones; á cualquier punto que dirigiera la vista, brillaban al sol los cascotes de las granadas.

»Mi compañero, agachado, marchaba á lo largo de un sendero; yo le seguía, pero mis pies, doloridos, apenas podían con mi peso.

»Un soldado estaba echado al borde del sendero: estaba de servicio en aquel punto, para la transmisión de órdenes. Debo hacer notar que el alambre del teléfono de campaña que iba del ala derecha al ala izquierda, fué cortado á mi vista por un proyectil. La comunicación fué restablecida varias veces, y otras tantas el conductor quedó de nuevo roto.

»A la vista del oficial, el soldado alzó la cabeza é hizo ademán de levantarse, pero sin prisa y como esperando recibir la orden de continuar echado.

»—¡No te muevas!—dijo el oficial.—¿Estás herido?

»—No, Vuestra Nobleza; Dios ha tenido misericordia de mí.

»El soldado alzó de nuevo la cabeza.

»—No te muevas, repito; ¿dónde está el comandante del Cuerpo de ejército?

»—Se dice que está en lo alto de la montaña, Vuestra Nobleza.

»El soldado siguió echado, sacudiéndose perezosamente las moscas que le molestaban.

»Anduvimos unos cuarenta pasos más

por el sendero, que se hacía más incómodo por momentos. Su margen izquierda estaba al nivel del terreno, mientras que la derecha caía á pico y quedaba expuesta al fuego enemigo. A esta parte encontramos sentado un soldado, que había descalzado su pie derecho y lo envolvía en un trapo.

»—Busca un sitio más abrigado. ¿Por qué te has sentado aquí? ¿Estás destacado?

»—Sí, Vuestra Nobleza; no puedo irme, porque el que me ha de relevar no me encontraría.

»—Vas á hacerte matar...

»—No, Vuestra Nobleza.

»Salimos á un paraje descubierto, apresurándonos á descender á otro camino, pero inclinándonos mucho más á la derecha. A los pocos pasos, el oficial se detuvo.

»—No vamos por buen camino; será preciso que marchemos largo tiempo al descubierto.

»Efectivamente, una montaña se alzaba en frente de nosotros, de laderas absolutamente desnudas; á la izquierda se veían varios senderos.

»—Es necesario desandar lo andado—añadió el oficial, sentándose; descansemos un poco y fumaremos.

»Encendimos un cigarrillo y nos pusimos á fumar. Me senté también, tomando la precaución de que mi oído sano estuviese del lado del oficial.

»—¡Qué fresco se debe estar en In-ku!—dijo, lanzando un suspiro, y acordándose sin duda de las comodidades de aquella villa.

»Yo recordé que la vispera, el 23, me encontraba en In-ku, en la casa del gobernador, desde donde oí el cañoneo que comen- zaba aquí, en Ta-chi-chiao. Estaba allí con Némirovitch Dantchenko (corresponsal militar del *Russkoié Slovo*), el príncipe Jaime de Borbón, un capitán del regimiento de húsares de Grodno, el coronel Kashuba y otras personas.

»Al cabo de un rato proseguimos la marcha. Pasamos junto á un soldado, que estaba sentado en una ladera descubierta; se había quitado los zapatos y los sacudía para hacer caer la arena. Atravesando un torrente, encontramos otro soldado, tendido en tierra; advertí que su rostro estaba completamente negro. Me bajé y vi que una capa espesa de moscas le cubría la cara.